

PÁGINAS

N° 211 Septiembre, 2008

¿Entiendes lo que lees?

La Biblia, entre la ilustración y el fundamentalismo

Eduardo Arens, sm

En su detallado estudio, *El final del cristianismo convencional*, el fenomenólogo católico Willem van de Pol afirmó: “El epicentro de este choque (extremadamente sensible que ha sufrido el cristianismo convencional) está en la moderna ciencia de la Biblia”¹. Eso, en efecto, se sintió desde el inicio en las discusiones en el concilio Vaticano II. La razón es que la Biblia toca principios fundamentales y actitudes frente a la vida – pensemos en temas como la idea de Dios y la escatología, la sexualidad y el matrimonio, el derecho a la vida y la muerte-. Su incompreensión puede generar angustia frente al fin del mundo, desequilibrios mentales y destrozos familiares, muertes por negar la intervención médica, inclusive suicidios y fanatismos tipo Jonestown y Waco (Texas).

Si me detengo en la *interpretación* de la Biblia, es porque ésta está públicamente polarizada, entre la ilustrada y la fundamentalista – como lo estamos observando en torno al reciente libro de J.A. Pagola sobre Jesús. El problema es que el fundamentalismo ataca, enfrenta, divide, destruye. Para ubicarnos, empezaré por un rápido esbozo de la historia de la comprensión de la Biblia.

* Texto retocado y abreviado de la conferencia dictada en la Universidad de Deusto, Bilbao, 26 de febrero del 2008.

¹ Buenos Aires 1969, 104.

1. LECCIONES DE LA HISTORIA

Hasta llegada la Ilustración, la comprensión de la Biblia era la tradicional, vale decir, como producto de una suerte de dictado divino, por tanto, libre de errores. Excepcionalmente, alguien se preocupó de una lectura *comparativa* de los textos bíblicos, por ejemplo, de los evangelios sinópticos entre sí. Pocos los miraron con ojos de críticos literarios. Pocos los compararon con literatura de la época, con mitos y leyendas y, por cierto, la arqueología y sus datos era desconocida.

Fue recién en tiempos de la Ilustración cuando el hombre “despertó” su curiosidad racional y empezó a reflexionar y plantear preguntas sin temores, libre de los prejuicios heredados y santificados con los que había crecido, especialmente religiosos, exigiendo respuestas desde la razón, no desde la religión. Empezó a descubrir que muchas de las explicaciones propuestas tradicionalmente sobre el mundo, el hombre y Dios no cuadran con las observaciones y reflexiones críticas racionales. Pensemos en las ideas tradicionales sobre el cosmos y sobre el cuerpo humano, revolucionadas por la astronomía y la anatomía en los siglos XVI y XVII.

La lectura atenta de la Biblia por parte de acuciosos estudiosos abrió las ventanas del texto y permitió descubrir detrás de él cuáles son sus componentes, cómo está ensamblada, etcétera. A fines del siglo XVII, Henning Witter y Jean Astruc observaron que en el Pentateuco a Dios a veces se le llama Elohim y otras Yahvéh, y que estos nombres aparecen en bloques con enfoques distintos, de donde concluyeron que se deben a dos fuentes distintas, y que no pudo haber sido escrito por Moisés ni por un único autor. En cuanto a los evangelios, ya desde mucho antes, a la luz de la lectura sincrónica, se habían observado disonancias y surgían preguntas por el origen de las tradiciones y el posible parentesco entre los cuatro. Era el inicio de los estudios desde la perspectiva de la crítica literaria y de la histórica, y también de las crisis subsiguientes.

Al estudio crítico e inquisitivo del texto mismo, se sumó la constatación de la existencia de diferentes *manuscritos* con lecturas no idénticas, que despertó la pregunta por la lectura original inspirada. Se sumaron los cada vez más frecuentes descubrimientos arqueológicos en el cercano Oriente, que arrojaban luces insospechadas hasta entonces. Las sorpresas se fueron acumulando.

Con la expedición de Napoleón a Egipto empezó seriamente el interés por la arqueología. En 1837, John Wilkinson publicó un amplio estudio sobre *Los mores y costumbres de los antiguos egipcios*, que Ernst Hengstenberg relacionó con Israel. En el cercano Oriente salieron a la superficie centenas de tablillas escritas y en Egipto papiros con textos

que arrojaron nuevas luces sobre los idiomas y las costumbres en tiempos bíblicos.

Siguiendo las huellas de K.H. Graf (+1869), gracias a sus detallados estudios del Pentateuco, Julius Wellhausen (+1918) formuló la conocida explicación de su composición en base a cuatro fuentes (JEDP). Heinrich Holzmann (+1910), que preguntaba sistemáticamente por el valor histórico de las fuentes usadas para los evangelios, postuló la teoría de las dos fuentes, Q y Mc, y demostró la primacía de la versión de Marcos.

Con Hermann Gunkel en especial empezó a darse la debida importancia a los *géneros* y *las formas* literarios –fruto de estudios comparativos–. Martin Dibelius y, más detalladamente, Rudolf Bultmann estudiaron hace un siglo las formas literarias usadas en los evangelios y su *contexto vital* religioso. Se busca conocer la historia de cada perícopa en la tradición previa a su escritura.

Por otra parte, se estudiaban intensamente los manuscritos, papiros y otros vestigios que no cesaban de aparecer para conocer mejor el idioma y el mundo bíblicos. Adolf Deismann demostró que el griego usado no era una lengua sagrada, sino el mismo de aquellos tiempos en papiros e inscripciones, la **koiné**, y que el mundo conceptual era el mismo. Gustaf Dalman hizo lo propio con la literatura judía, buscando la posible forma aramea original de los pronunciamientos (*logía*) de Jesús.

En 1945 se descubrió una pequeña biblioteca gnóstica en Nag Hammadi (Egipto) y entre 1947 y 1952 se descubrieron los famosos documentos del Mar Muerto (Qumrán), que han arrojado nuevas luces sobre el mundo de Jesús y los orígenes históricos del cristianismo.

Ahora bien, los descubrimientos y las observaciones críticas sobre la Biblia no fueron aceptados por la mayoría de simples creyentes y los guardianes de la fe tradicional. La gota que colmó el vaso de la tolerancia y provocó la gran crisis fue la divulgación del estudio de Charles Darwin en 1859 sobre *El origen de las especies*, que implícitamente ponía en entredicho la historicidad de los relatos bíblicos de la creación. Esta espina sigue clavada en el cuerpo del fundamentalismo. En el protestantismo, especialmente en Estados Unidos, se reaccionó al estudio crítico de la Biblia, refiriéndose siempre a Génesis, con reafirmaciones solemnes de la inspiración *verbal* y la absoluta inerrancia de “la palabra de Dios”. Entre 1910 y 1915 se publicaron una serie de libritos promovidos por profesores de Princeton, titulados *The Fundamentals*, ampliamente difundidos. Era el inicio formal del fundamentalismo bíblicista en América, que subsiste hasta hoy en variadas formas.

La resistencia a la reflexión crítica también se dio en la Iglesia católica, como dan fe los *Syllabus* de errores de Pío IX y Pío X. La encíclica *Providentissimus Deus*, de León XIII, reconoció la validez del estudio crítico de la Biblia, pero supeditada a la tradición. Pío X, en cambio, en su encíclica *Pascendi*, condenó el estudio histórico-crítico, calificado de racionalista. Famosa es la larga y tortuosa controversia con el erudito biblista Alfred Loisy. En 1910 impuso el juramento antimodernista que, entre otras cláusulas, recusa el método histórico-crítico para el estudio de la Biblia. Recién en 1943, con la encíclica *Divino afflante Spiritu*, de Pío XII, se admitió en la Iglesia católica la importancia de la crítica textual y literaria, así como el estudio del contexto cultural, se reconocía la importancia de la arqueología y la papirología, se exigía conocer las lenguas ‘bíblicas’ y se destacó que lo primero en determinar es el sentido literal del texto.

Con el concilio Vaticano II, tras tres esquemas presentados a la sala, con la constitución dogmática *Dei Verbum* se reconocían y asumían algunos de los principios fundamentales sobre la Biblia, producto de estudios críticos (por ejemplo, sobre la inerrancia y la tradición). Es notorio que en 1987 los obispos norteamericanos publicaron para la comunidad católica una advertencia sobre el fundamentalismo bíblico. Cabe también recordar el revuelo que causó la conferencia del cardenal Ratzinger en Nueva York, en 1989, titulada “¿La interpretación bíblica en crisis?”, centrada en lo que consideró como fracaso e inaceptabilidad del método histórico-crítico, que asoció con el nombre de Bultmann (declaración asumida y propalada abiertamente por tradicionalistas como si se tratara de un pronunciamiento oficial de la Iglesia). Recién con el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, en 1993, dedicado a *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de manera global y clara se dio carta de ciudadanía al estudio histórico-crítico de la Biblia, así como a diversas aproximaciones.

El propósito de este recorrido histórico es poner de relieve que el estudio informado, por lo mismo crítico, de la Biblia no es cosa de ayer o de hace un siglo, ni de un grupo de rebeldes o herejes, como se suele afirmar, sino de observaciones en los textos y de datos extra-bíblicos. Fueron éstos los que condujeron al estudio crítico y la apreciación de la Biblia en su realidad evidente de palabra *humana*. Este recorrido histórico quiere servir de trasfondo para entender las reacciones fundamentalistas y tradicionalistas.

2. LA LECTURA FUNDAMENTALISTA DE LA BIBLIA

Aunque discutida la legitimidad del vocablo, fundamentalismo es una visión absolutista y antimodernista (no necesariamente antimoderna)

de la vida, que se revela por una actitud intransigente e impositiva, basada en “fundamentos” tomados de algún tiempo idealizado o imaginado del pasado que se asumen como verdades absolutas e invariables. No admite como válida otra visión que no sea la suya, por lo mismo rechaza el pluralismo y tácitamente la democracia, lo que se suele manifestar en la incapacidad de dialogar y en alguna forma de fanatismo². Desde la perspectiva religiosa, el fundamentalista remite como fundamento de sus convicciones a escrituras sagradas –en el judeo-cristianismo, a la Biblia; en el islam, al Corán– y a un tiempo idílico (orígenes del cristianismo, Edad Media, Trento). ¿Qué rasgos lo distinguen?

El dogma fundamental del fundamentalista es la absoluta *inerrancia* e infalibilidad de la Biblia: todo lo que contiene es la verdad incuestionable e invariable *revelada* por Dios mismo. En ella se apoya o con ella cae todo su edificio. Por eso el fundamentalista se interesa particularmente por la arqueología y toda demostración o prueba que pueda confirmarle que, como reza el título del conocido libro de Werner Keller, *Y la Biblia tenía razón*. Y es que, para el fundamentalista la inerrancia bíblica es inseparable de la idea de verdad: si hay error se pierde la confianza de que *todo* sea verdad; no podremos estar seguros si tal o cual pasaje es fiable.

El dogma de la absoluta inerrancia se basa en su idea de *inspiración*, que Dios de alguna manera dictó el texto bíblico, no sólo las ideas, sino las palabras mismas. Dios es por tanto el autor de la Biblia y, puesto que no se puede equivocar, su obra no puede contener error alguno, incluso en materias de historia y ciencia. Por lo mismo, el fundamentalista entiende los relatos como correspondencia exacta con lo sucedido, como una suerte de videos; identifica los hechos y el relato. Eso explica su marcado interés por demostrar que lo relatado realmente sucedió, y sucedió tal como se relata, es decir, su verdad, que para él lo es en estricto sentido de historia.

A la base de todo está su particular idea de la *revelación*. Para el fundamentalista Dios se ha dado a conocer en los textos. Equipara la palabra de la Biblia con la revelación divina; habla de “creer en la Biblia” como creer en Dios –es un “*Bible believer*”.

Estos tres elementos, entre otros –la inerrancia, la inspiración divina y la revelación directa, es decir, la autoría divina– son *presupuestos* incuestionables que hacen las veces de axiomas. Siendo de origen divino, la Biblia no debe ser tratada como si fuese palabras humanas,

2 Cf. E. Arens, “Cuál verdad? Apuntes sobre el fundamentalismo”, en *Páginas* n.188, 36-52.

por tanto, históricamente condicionadas. Por eso el fundamentalista rechaza entenderla desde la exégesis crítica. Para él, exégesis es leer conjugando textos, todos de la Biblia: la Biblia se explica ella misma (*sola Scriptura*). Para entenderla, basta la iluminación del Espíritu, que hace patente el texto bíblico a cualquier persona abierta a su actuación inspiradora y orientadora.

Característicamente, la lectura fundamentalista es *literalista*, es decir, pegada a la literalidad o denotación primera de las palabras, a menos que sea evidente que su sentido es no-literal, como el que se encuentra en las obras poéticas o en metáforas comparativas. Si dice “seis días”, pues así es: seis y días, no eras o ciclos. Esto es evidente en su lectura del Apocalipsis.

Proviendo de Dios mismo, las palabras son “verdades” de validez *universal, eterna e inmutable*. No están culturalmente condicionadas y cualquier persona guiada por el Espíritu las puede entender. Por tanto, no se necesita de interpretaciones científicas.

El tema más sensible probablemente es el de la creación. Para el fundamentalista, la idea de una *evolución biológica* es incompatible con el relato bíblico de una *creación* por parte de Dios como se lee en Génesis. La fuerza de esa convicción, que es la del fundamentalismo, se observa en Estados Unidos en legislaciones que prohibían la enseñanza del evolucionismo, sustituida por la llamada “ciencia creacionista”, que afirma la creación como se narra en la Biblia. En San Diego (California) se creó el “Institute for Creation Research”³. Lo que está en juego no es el origen del hombre en sí, sino la credibilidad del relato bíblico y con ello la inerrancia de la Biblia misma.

El fundamentalista supone que las Escrituras hablan del mundo de hoy. Es “palabra de Dios” que habla directamente para hoy –razón por la que refieren textos “proféticos” al presente–. Su lectura no incluye las situaciones históricas, los contextos culturales ni los condicionamientos situacionales que determinaron la escritura de esos textos antaño. Por eso sacan textos de todos los contextos, no sólo del histórico y el cultural, sino también del literario, y los absolutizan: “la Biblia/Dios nos dice...”.

3 En reciente visita a Estados Unidos, ojeando diversas librerías, me sorprendió ver la cantidad de publicaciones dedicadas a defender el tema de la creación según el relato bíblico. Basta navegar por internet para constatarlo. Desde hace varios años se lleva a cabo una agresiva campaña fundamentalista para incluir el creacionismo en los textos escolares. El conflicto Biblia-ciencia es una evidente preocupación en el mundo fundamentalista, cuyo talón de Aquiles es precisamente el origen del mundo, más concretamente, del hombre.

Se defiende la pena de muerte porque en Mt 5,17 Jesús dijo: “No he venido a abolir la Ley ni los profetas”, y en el Antiguo Testamento está contemplada. Se nos dice que debemos aceptar la autoridad política de turno –aunque sea una dictadura– porque ha sido instituida por Dios, como se lee en Rm 13. Y las mujeres deben someterse al varón, como se reitera en la Biblia. Se considera como un imposible que alguien pueda haber nacido homosexual, porque Dios solo creó varón y hembra, como se lee en Génesis.

El fundamentalismo en la Iglesia católica

Los católicos asocian el fundamentalismo con el protestantismo. Sin embargo, a lo largo de la historia ha estado también presente en el catolicismo, aunque con otros acentos. Basta que recordemos la Inquisición y los *Syllabus* de errores de Pio IX y Pio X.

La postura fundamentalista frente a la Biblia, que subsiste hasta hoy, se observa claramente en la manera en que entiende los relatos de los orígenes en Gn 1-11, y los evangelios, especialmente los milagros. En ello apenas se distinguen católicos de protestantes. Para ambos Adán y Eva existieron y Jesús literalmente caminó sobre las aguas y convirtió agua en vino. El caso más reciente es la reacción, que se puede calificar de fundamentalista en su sentido pleno, ante el reciente libro de J.A. Pagola sobre Jesús⁴. Basta observar sus objeciones, la carencia de información en sus argumentos y sobre todo su lenguaje agresivo: es idéntico al que se encuentra en boca de fundamentalistas no-católicos.

De todo lo dicho, se comprende que el fundamentalista se oponga al estudio histórico-crítico y los enfoques humanistas, pues éstos introducen factores que cuestionan la validez de sus presupuestos dogmáticos (inspiración verbal, inerrancia) y su lectura literalista. ¿Qué se objeta al fundamentalismo biblicista?

3. CRÍTICA AL FUNDAMENTALISMO BIBLICISTA

El problema de base de la idea fundamentalista de la Biblia es que reposa en una cadena de premisas que no tienen otro sustento que ideas preconcebidas, suposiciones no corroboradas ni sustentadas por la Biblia misma; *no provienen de ella sino que le son proyectadas e imputadas gratuitamente*. En la Biblia no se afirma que ésta es *toda ella* (canon) y *en todo* absolutamente veraz, invariable, libre de erro-

res, infalible, inspirada e indefectible. La clásica cita de 2 Tim 3,16 (“toda escritura inspirada es útil para...”) no dice qué entiende por inspiración y no habla de inerrancia, sino de provecho para la conducta.

El pilar, que a la vez es el talón de Aquiles del fundamentalismo biblicista, es la *inerrancia* bíblica. Ahora bien, la Biblia no sólo contiene una larga lista de demostrables errores en materias de historia y de ciencia sino, más seriamente, vistos desde la evolución de la reflexión teológica, también contiene “errores” teológicos, por ejemplo, sobre la divinidad de Jesucristo (vea 1 Cor 15,23ss y Rm 1,3s). Admitirlos es reconocer la dimensión humana de la Biblia y sus limitaciones, y con ello admitir la *relatividad* conceptual y cognitiva.

Como mencioné, la convicción de la inerrancia bíblica proviene de la idea de una *inspiración* directa de Dios al escritor. Pero hay que preguntar cómo se la entiende: ¿como dictado de ideas o de interpretación? Si es dictado, ¿a quién se deben las diferencias de estilo, gramática y sintaxis? ¿Es inspiración de textos o de personas? Y si lo fue a éstas, ¿lo fue al redactor final o también a los que antes la transmitieron *oralmente*? Por otro lado, ¿qué decir de los salmos, que son exclamaciones del hombre a Dios, no al revés, o de Proverbios 22-24, que es una colección de proverbios adaptados de un texto escolar egipcio de tiempos de Amenémope (siglo X), o de Mateo y Lucas, que usaron como base el texto de Marcos?

Ahora bien, si Dios es el autor de la Biblia, entonces es responsable, no sólo de sus aciertos y sabidurías, sino también de los errores, tensiones, incongruencias e incoherencias que se encuentran en los textos bíblicos, especialmente cuando se comparan unos con otros. Está pues en juego *la imagen* de Dios, imagen que en la Biblia misma va variando según el libro que se lea, inclusive dentro de un mismo libro, como en Génesis.

Es la *arqueología* la que más interesa, pero también preocupa, al fundamentalista, pues se trata de datos concretos medibles. El capítulo *milagros*, en particular, es el más sensible para el biblicista. Para él, puesto que, por un lado, Dios todo lo puede, no se le puede negar la posibilidad de llevar a cabo tales intervenciones y, por otro lado, puesto que Dios es autor de la Biblia y no engaña, entonces tenemos que asumir que no narró un episodio que no sucedió. El detalle es que no se toman en cuenta los *géneros literarios* propios de aquellos tiempos, ni la mentalidad mitológica de antaño, convencidos de que los escritos bíblicos están libres de “contaminación ambiental” (cultural, idiosincrásica, circunstancial, histórica, etc.), es decir, inmunes a los condicionamientos humanos.

⁴ Jesús. *Aproximación histórica*, Madrid 2007. Vea, en cambio, las serenas apreciaciones y aclaraciones de renombrados biblistas como Rafael Aguirre y Santiago Guijarro.

El fundamentalista descarta la *dimensión histórica* de la Biblia, pues admitirla lleva a tomar conciencia de la *evolución* de los conocimientos y las cosmovisiones con el paso del tiempo, por tanto de lo *relativo* que son nuestros conocimientos y de la interacción de muchas *variables* en el proceso de conocimiento, que pasan por la *subjetividad* y la evolución del conocedor mismo. La relatividad es anatema para el fundamentalista. La conciencia de una evolución histórica va a contrapelo de la idea de que la revelación es un conjunto de proposiciones *eternas e inmutables* para toda la humanidad. Por eso se concentra en la inerrancia del *texto* –no en la historia bíblica– y prefiere refugiarse en un fideísmo que es un espejismo: cree que es realidad lo que en realidad es una ilusión. Al mismo tiempo, ataca el estudio histórico-crítico descalificándolo como racionalista, propio de incrédulos.

Una de las grandes fallas en todo fundamentalista es su falta de sentido histórico. Pareciera que para ellos recién ayer sucedió lo narrado en la Biblia y que recién ayer se descubrió el verdadero sentido (interpretación) de los textos de la Biblia. Otro de los grandes vacíos es la falta de sentido *cultural*. Muchos tratan los escritos de la Biblia como si hubiesen sido escritos en nuestra cultura moderna de Occidente, y no en Oriente antiguo. No sólo no reparan en la distancia que nos separa de los condicionamientos histórico-culturales de antaño, sino que asumen que la *cosmovisión* bíblica corresponde a la suya, que es la del Creador, no la del mundo de las ciencias.

Como vemos, el problema básico es la idea que el fundamentalista tiene de revelación –inseparable de su particular idea de Dios–. Ignora el carácter *histórico* de la revelación: su *encarnación*. Olvida que antes que se escribiese una sola línea, se vivió, luego se habló y *sólo después* se escribió.

Todo esto apunta el hecho de que el fundamentalista desconoce la *constitución humana* de la Biblia. Ésta se descubre ya en la variedad de estilos, en las limitaciones conceptuales y en las ideas expuestas en los diferentes escritos, inclusive las teológicas, que corresponden a aquella época. Las palabras usadas no son un “idioma sagrado (hebreo, arameo y griego)” sino el común en el tiempo del escritor, y la cosmovisión corresponde a la de su tiempo, impregnada de ideas mitológicas, no a la de un creador del universo.

La lectura fundamentalista

Los fundamentalistas ignoran los *géneros literarios*, cuya importancia resaltó ya Pío XII en su encíclica de 1943, así como la mentalidad de antaño, impregnada por concepciones e ideas mitológicas. Con la toma

de conciencia de que los relatos de la creación son afines a los *mitológicos* mesopotámicos, caía el pecado original y con él las doctrinas sucedáneas.

Si el *lenguaje* viene de Dios, la pregunta es cómo saber lo que quería comunicar mediante ese lenguaje, pues, como todo lenguaje leído u oído por humanos, queda abierto a una multiplicidad de posibles significados, es polisémico. Aun si las *palabras* fueran dictadas por Dios, eso no significa necesariamente que comprendamos su significado. Las palabras por sí mismas son polivalentes, abiertas. Concretamente, ¿cómo saber qué significaban las palabras en hebreo/griego y lo que entendieron los receptores antaño, si en sentido literal o figurado, si denotativo, connotativo o poético, por ejemplo las cifras de años, las referencias a Dios mismo (guerrero, juez, irascible, voluble), los fenómenos de la naturaleza (descritos de formas diferentes) (problema que se observa en relación con la literatura apocalíptica y sus tan variadas descripciones del “fin del mundo”)? ¿Acaso no se puede pensar que “lo que Dios quería comunicar” mediante los relatos de la creación no era para ser entendido literalmente sino, como los mitos de aquel mundo, en sentido mitológico?

Los fundamentalistas ignoran las circunstancias que ocasionaron la escritura del texto, y particularmente al destinatario original, expresamente mencionado en muchos textos. Y, como ya mencioné, ignoran los *contextos* culturales, sociales, políticos y circunstanciales, entre otros.

Obsesionados con la verdad objetiva, los fundamentalistas ignoran que toda comunicación humana es indefectiblemente *subjetiva*. Nadie lee neutralmente –a menos que sea matemáticas–, sino desde su perspectiva, con su trasfondo. Esa “verdad objetiva”, por lo general, trata de preguntas de *curiosidad*: si hay ángeles e infierno, si Dios escucha o cómo originó el mundo, si existió el Edén, si hubo un diluvio y arca de Noé, o cuándo será el fin del mundo, etc.

Como sea, para el fundamentalista los textos tienen un único sentido correcto: el suyo. Sin darse cuenta de que la suya es una interpretación prejuiciada por sus supuestos doctrinarios, no admite como válidas otras posibilidades o interpretaciones. Olvida además que su interpretación se basa en una traducción, e ignora que toda traducción es una interpretación (sin mencionar que el Nuevo Testamento fue escrito en griego, mientras que Jesús hablaba en arameo).

El problema básico de la lectura fundamentalista es que, de la inclinación por el literalismo, al ignorar la dimensión humana de la Biblia,

la suya es una lectura *descontextualizada* y poco informada o desinformada. Esto nos lleva al último punto: la lectura ilustrada.

4. LECTURA ILUSTRADA DE LA BIBLIA

Hablando figuradamente, primero tenemos que “viajar hacia el texto” y familiarizarnos con él antes de hacer “el viaje desde el texto hacia aquí”. Ésto es indispensable para conocerlo, comprenderlo, apreciarlo. Éste es un principio fundamental de todo intento de interpretación seria y responsable, que sea fiel a la intención del autor –más aún si se sostiene que éste ha sido inspirado por Dios y escribió pensando en destinatarios de y en un tiempo concreto-. Es decir, se debe conocer *informadamente* lo que se va a interpretar. Ésta es la finalidad del estudio histórico-crítico y las aproximaciones humanistas. Pero éste es el corazón del problema con la lectura fundamentalista de la Biblia.

Antes de proseguir, es importante tener presente que *la interpretación depende de la comprensión* (dos momentos que a menudo se identifican como si fueran sinónimos cuando se discute el tema), y *ésta depende de la accesibilidad y aceptación de información* (de) mostrable. Quien parte de ideas preconcebidas infundadas, como el fundamentalista, tiene una visión diferente de quien parte de información fundamentada, como, por ejemplo, sobre la cuestión sinóptica o los datos arqueológicos y culturales.

La primera condición para la comprensión e interpretación correctas de los textos de la Biblia es tener una idea *informada* y clara sobre el origen, la razón de ser y las limitaciones de *la Biblia misma*, pues la comprensión e interpretación de cada pasaje depende de la idea que se tenga de la Biblia como tal. No basta con saber leer, hay que saber *qué* se lee, es decir, hay que tener una idea de su naturaleza, lo que se aplica a la Biblia como conjunto y a cada uno de sus escritos en particular, empezando por el reconocimiento de su género literario. Es aquí donde se separan los caminos y donde empiezan las discrepancias, mucho antes de discutir sobre un determinado pasaje bíblico.

Puesto que en la Biblia se trata de una colección de documentos históricamente situados, de un tiempo y una cultura lejanos de los nuestros, para entenderlos es necesario *conocer* el mundo en el que nacieron y al cual se dirigían sus autores. Para ello se necesita conocer las dimensiones ambientales: las socio-culturales, religiosas, políticas y económicas de ese mundo, lo que incluye la cosmovisión y las ideas religiosas, pero especialmente las circunstancias concretas de la época en que se escribió cada obra, es decir sus *contextos vitales*.

En relación al texto concreto que se lee, se necesita conocer el género literario de la obra donde se encuentra y la forma del texto bajo consideración, así como el significado original de las palabras y los giros, entre otras consideraciones lingüísticas. Es indispensable, por eso, respetar su contexto literario. A esto se suma la importancia que tiene respetar lo que está escrito en el texto, y también la obra como unidad, sin *introducirlle* suposiciones infundadas (*eiségesis*).

En cuanto a las *personas*, se debe observar quién, dónde, cuándo, para quién, por qué escribió su autor. La información que proporcionan los estudios histórico-críticos sobre el origen, la situación vital y la razón de ser del texto es indispensable. Sobre esto nos instruye magistralmente el documento vaticano de 1993.

Una lectura ilustrada de la Biblia pregunta en primer lugar qué quería comunicar el autor inspirado a sus destinatarios originales, antes de preguntar qué es lo que pueda decir hoy, es decir, pregunta por su sentido “literal”, que es el objetivo de los estudios histórico-críticos y lingüísticos. Pero también está consciente de las limitaciones de los textos bíblicos, como documentos histórica y culturalmente situados y condicionados.

Quien quiere conocer y entender imparcialmente un texto de la antigüedad, necesariamente empieza por un estudio histórico-crítico (como recalca el documento vaticano), y no se refugia en las llamadas *exégesis* canónica, espiritual o teológica, que, en última instancia, no son otra cosa que una lectura que entreteje textos bíblicos descontextualizados y los explica desde interpretaciones acríticas *posteriores*, ignorando su origen, propósito y alcances en el momento de su inspirada composición.

Una segunda regla esencial para toda interpretación ilustrada es el respeto y la consideración de los *contextos* del texto, empezando por los literarios, además de los históricos, religiosos, políticos, económicos y, en especial, los socio-culturales. Es el auténtico *Sitz im Leben*, su contexto en la vida misma, no sólo el religioso. Pero no sólo los contextos, sino también los *condicionamientos*, especialmente los “ideológicos”: su antropología, su cosmovisión, su teología. Como vemos, la lectura ilustrada ni es simple ni menos es simplona, porque no lo es la comprensión del texto bíblico, un texto históricamente encarnado, un texto de la antigüedad que, sin embargo, para el creyente es “palabra de Dios” para hoy.

Una tercera regla complementaria es respetar el texto mismo: respetar los pasajes en sus contextos *literarios* inmediatos y dentro de la obra como totalidad, es decir, respetar los grandes bloques de sentido. No

introducirle palabras o ideas, ni deducir lo no fundamentado: no hacerle decir lo que no dice (eiségesis).

En *resumen*, la lectura y exégesis ilustrada es la que se guía por las pautas que el Magisterio ha ido dando desde la *Divino afflante Spiritu* en 1943, retomadas en la *Dei Verbum* y ampliadas y actualizadas en el documento de 1993 de la Comisión Bíblica sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, que pone de relieve la importancia del estudio histórico-crítico como indispensable para toda recta interpretación de la Biblia. Quien rechaza el estudio crítico de la Biblia tácitamente niega, o al menos minusvalora, su dimensión humana. Es notoria la terquedad de ciertas corrientes conservadoras en ignorar las orientaciones del Magisterio, al que tanto dicen y exigen escuchar. No faltan quienes afirman que los textos han sido mal interpretados por los exegetas críticos, y que es necesaria una suerte de "interpretación auténtica", que, claro, es la suya.

A modo de conclusión...

La lectura literalista de la Biblia puede tener consecuencias fatales, como de hecho las ha tenido: se imponen leyes bíblicas que pertenecen a otro tiempo y cultura, aduciendo que la Biblia es atemporal y sus ordenanzas válidas para siempre. Igual hacen los islamistas en relación al Corán, de cuyas consecuencias nos enteramos a través de los medios de comunicación: autoinmolaciones, mutilaciones, sujeción de la mujer. Basados en las ordenanzas de Dios de expurgar a los cananeos, se justificaba el *apartheid*. Desde la Biblia se predica la resignación, que impide luchar contra las injusticias; soportar, no luchar, es la consigna. Con los anuncios de un fin inminente del mundo se paralizan los proyectos de progreso. La lectura literalista de la apocalíptica genera angustias. Por negar la transfusión de sangre, mueren personas. La visión que se deduzca desde la Biblia sobre la Iglesia, los ministerios, las relaciones sociales, la sexualidad, la justicia, inclusive sobre Dios mismo, tienen consecuencias cuando se aplican a la vida. Es lo que ha mostrado la historia del cristianismo, cuestionada por Lutero desde la Biblia, y no por último en el curso del concilio Vaticano II y hasta nuestros días. Es lo que se observa en la política de Estados Unidos; basta anotar la importancia concedida por el sector fundamentalista a "la fe en la Biblia" en la reciente campaña electoral.

El problema de fondo es la idea que se tiene sobre la Biblia como tal. Junto con ésta, está la idea que se tiene de revelación, inseparable de la imagen de Dios y su trato con el hombre en la llamada "voluntad de Dios": ¿se ha dado por el dictado de textos o en la historia de la

humanidad, es decir, lo que tenemos es revelación de conceptos y verdades o testimonios de vivencias de la revelación histórica?

Esto conlleva un concepto de fe entendida como asentimiento intelectual a doctrinas, a "verdades" conceptuales (creer *que*), en lugar de fe como relación existencial con Alguien (creer *en*); de aquí la fijación en la ortodoxia, que nos acerca al *gnosticismo*. Esto parece inocente, pero sustenta en el fundamentalista el apasionamiento por la imposición de "la verdad", que no es otra que *su* verdad, hasta extremos que recuerdan la Inquisición, cuyo espíritu sigue latente en algunos sectores e instituciones que se erigen en "guardianes de la fe/verdad" y se dedican a la "cacería de brujas". A fin de cuentas, inconscientemente trastoca la fe en *ideología* (sobre lo cual Karl Rahner ya había advertido hace medio siglo).

El fundamentalismo bíblicista es insostenible racional y textualmente; sólo es aceptable desde una postura fideísta. Como afirma el documento vaticano del 93, es una suerte de suicidio intelectual –exige desterrar la posibilidad de la reflexión crítica, o sea, racional–. Es aceptable sólo a nivel de creencia, sin otro sustento que premisas gratuitas proyectadas sobre la Biblia. Es un castillo en el aire. Se sostiene porque sirve de sustento a una *ideología*, razón por la que, en última instancia, lo que cuenta es la cosmovisión que se deduce y el comportamiento consecuente, no la verdad como tal ni la fe teologal. Por eso se esfuerza por imponer sus creencias, es intolerante, antidemocrático, y no teme recurrir a la violencia, como se conoce de los islamistas y talibanes. De hecho, los movimientos religiosos fanatizados que recurren a la violencia son todos fundamentalistas.

Pero, ¿por qué se extiende el fundamentalismo? Porque, entre otras razones, ofrece una visión simple de la vida y asegura ser ésa la verdad, refiriéndose para ello a Dios como fuente. Pero su simplicidad es, a la vez, su debilidad: es simplista. La suya es la lectura del "carbonero", desde y para la "fe del carbonero", que le da *seguridad y certezas* –dos atractivos del fundamentalismo–. Y ésta, lamentablemente, es alentada y alimentada con demasiada frecuencia en la Iglesia. El efecto desunificador, inclusive confrontacional, es evidente.

Por eso, un reto para la Iglesia, si quiere caminar con el siglo de la globalización y las comunicaciones, y "dar *razón* de su fe" es *informar*, como *mater et magistra*, honesta, cabalmente y sin temores, especialmente sobre la Biblia misma, pues ésta es su fuente fundamental –a la que se aferra también el fundamentalista–. Concretamente, debe informar sobre su origen, su naturaleza, sus alcances y límites en cuanto palabra de Dios en palabras humanas. La lectura fundamentalista resulta de la falta de esta información. Es indispen-

sable ser absolutamente honestos, sin miedo al escándalo⁵. Las consecuencias de la ignorancia sobre la Biblia las hemos podido constatar recientemente en las reacciones ante las publicaciones del “evangelio (apócrifo) de Judas” y del libro *El código da Vinci*, entre muchas que circulan en el mundo “esotérico”, incluidas películas que se refieren a la Biblia, amén de las frecuentes noticias que tocan la persona histórica de Jesús o los orígenes del cristianismo. Ante esto es necesario resaltar la encarnación de la palabra de Dios en sus manifestaciones en palabras de *hombres de tiempos y cultura lejanas*, es decir, evitar el monofisismo biblicista.

Igualmente, es necesario *enseñar a leer* la Biblia, qué buscar y cómo enfocarla. No basta con distribuir biblias o exhortar a que se lea. Hay que enseñar *cómo* leerla, distinguiendo los géneros literarios y la literalidad del lenguaje, y también distinguiendo preguntas de curiosidad *histórica* (primordiales para el fundamentalista) de preguntas de índole existencial, el mensaje. Eso supone enseñar las reglas elementales que se deben tener presentes en toda lectura respetuosa del texto. Sigue reverberando la pregunta de Felipe al eunuco frente al texto de Isaías: “¿Entiendes lo que lees?” (Hch 8,30). Puesto crudamente, el reto es tomar en serio y *aplicar* los documentos del Magisterio sobre la Biblia, en particular el de 1993, por ser no sólo producto de una comisión de biblistas, sino el más explícito sobre el tema. También este advierte sobre el fundamentalismo:

“El acercamiento fundamentalista es peligroso, porque seduce a las personas que buscan respuestas bíblicas a sus problemas vitales. Puede engañarlas, ofreciéndoles interpretaciones piadosas pero ilusorias, en lugar de decirles que la Biblia no contiene necesariamente una respuesta inmediata a cada uno de sus problemas. El fundamentalismo invita tácitamente a una forma de suicidio del pensamiento. Ofrece una certeza falsa, porque confunde inconscientemente las limitaciones humanas del mensaje bíblico con su sustancia divina”.

5 Es notorio que el escándalo se postula siempre de los laicos o de “las viejitas y los niños”, sin preguntarse a qué se debe el supuesto escándalo y, más seriamente, cuál es nuestra responsabilidad para que no se produzca, en lugar de seguir protegiendo su infantilismo religioso y teológico. No se evita el escándalo –menos en un mundo globalizado– acallando u ocultando la verdad, sino instruyendo informativamente. Deberíamos dar “carne” en lugar de “leche”, como decía san Pablo. Tampoco se pregunta por el escándalo producido en las personas “cultas”, incluidos muchos jóvenes, cuando escuchan de los jerarcas de la Iglesia afirmaciones ingenuas, infundadas o simplemente trasnochadas. Por otro lado, no es raro que se proyecte la sospecha del escándalo del pueblo para encubrir la ignorancia e ingenuidad de los pastores, que deberían estar informados e ilustrados sólidamente, y para colmo se protegen recurriendo a anatemas.

Todo lo expuesto bien puede parecerle a muchos obvio, casi elemental, y tienen razón. Pero, ¿lo es realmente? Cómo sea, lo sorprendente es que es ignorado por la mayoría –incluso por algunos temido como atentado contra la fe–, así como se ignora la naturaleza de la Biblia y se siguen perpetuando las tradicionales infundadas e ingenuas ideas que se propagan como si fueran verdades incuestionables. Se da una suerte de esquizofrenia: por un lado, *verbalmente* se afirma la importancia del estudio histórico-crítico, como últimamente en el documento de la Comisión Bíblica, pero, por otro lado, se lo ignora cuando se estudian o citan textos bíblicos concretos. La seriedad de un discurso se confirma en la práctica. El hecho es que los estudios histórico-críticos se rechazan o al menos se ignoran por el temor –especialmente entre quienes tienen la tarea del magisterio– a la información que pueda desestabilizar su sistema tradicional “teológico” y religioso. Algunos, cuando se mueven en la academia, afirman y defienden el estudio histórico-crítico de la Biblia, pero a nivel de su fe personal, sin embargo, cuando predicán y enseñan, se mueven en el mundo mitológico que en la academia calificarían de trasnochado (algo que es fácil constatar entre estudiantes de teología). Por eso creo que sigue siendo un reto para la Iglesia asumir su papel de *mater et magistra* también en relación con la Biblia e ilustrar a nuestro pueblo para prevenirlo de caer en el fatal simplismo del fundamentalismo, remitiendo a sus propios documentos, especialmente el de 1993. Es un reto cuya urgencia espero que se reconozca y valore en el curso del venidero Sínodo de obispos en Roma, cuyo tema es “la palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Es un reto cuidarse de no caer en la trampa del monofisismo biblicista, la de centrarse predominantemente en la dimensión divina de la Biblia –como se vislumbra en los *Lineamenta* dados a conocer– y, sin querer queriendo, coquelear con el fundamentalismo⁶. Es un reto mantener el equilibrio de la realidad de la Biblia en su calidad de palabra divino-humana, o mejor dicho “palabra de Dios encarnada en palabras de hombres”. □

6 En los *Lineamenta* para el Sínodo se menciona una sola vez el fundamentalismo. Tengo la impresión de que seguimos inconscientes de su peligro o que pensamos que sólo se da en otras religiones. Cierto, no se trata de hacerlo un tema central, pero tampoco debería ser ignorado como si no fuera una de las causas más notorias de las divisiones en la Iglesia. La preocupación por “el avance de las sectas” fue manifiesto en el encuentro del CELAM en Aparecida, pero no logramos tomar en serio la centralidad de la Biblia y la importancia de instruir a la gente sobre su naturaleza y razón de ser, y de enseñarle a leerla correctamente. Si el fundamentalismo tiene éxito es, entre otras cosas, porque se le ha dejado el camino abierto, porque no se le ha reconocido y/o salido al paso y desenmascarado.